

Unidad 12

Nacionalidad y modernización en la transición
del sistema educativo mexicano

NACIONALIDAD Y MODERNIZACIÓN EN LA TRANSICIÓN DEL SISTEMA EDUCATIVO MEXICANO

...la política educativa nacional está urgentemente necesitada de una fuerte dosis de pensamiento utópico que integre sus acciones en un horizonte de valores humanos y sociales.

Pablo Latapí, “Reformas educativas en los cuatro últimos gobiernos- 1952-1975”

El proyecto democrático y equitativo para la transición del sistema educativo tendrá que prosperar sobre lo realizado hasta el momento. Los cambios efectuados durante el gobierno del presidente Salinas de Gortari constituyen una reforma profunda que no se debe suspender: hay que avanzar para consolidar; siempre existe el riesgo de involución. El siglo XXI se acerca y los desafíos que resultan de la reforma del Estado y la apertura económica serán más agudos en el futuro inmediato. De muchas partes se escucha que el SEM debe adaptarse a las circunstancias para auxiliar al país a enfrentar los retos del porvenir.

En lugar de confinar al SEM a desempeñar un papel adaptativo, subordinado a las demandas de la economía, del Estado y de la sociedad y, en consecuencia, dependiente y rezagado, el proyecto democrático y equitativo postula que el sistema educativo, a pesar de sus defectos, tiene el potencial necesario para realizar tareas de gran trascendencia. Primero, contribuir a formar ciudadanos conscientes del valor de la nacionalidad, orgullosos de ser mexicanos y que compartan ciertos valores significativos como la idea de pertenencia y adscripción a una sociedad que participa de una historia y persigue fines comunes a la mayoría. Segundo, colaborar a reproducir en esos ciudadanos conocimientos abstractos e instrumentales, así como rasgos de su personalidad necesarios para competir en el mercado mundial. Tercero, colaborar a formar e inculcar en los estudiantes una ética de trabajo —otro valor significativo— que desafortunadamente tiene existencia precaria en la historia del SEM y de México.

El enfoque cultural, como se recordará, entiende por cultura el modo de vida material, intelectual y espiritual acumulado de una sociedad en su desenvolvimiento histórico. Lo que abarca el crecimiento de la ciencia y la tecnología, el avance de la filosofía y el pensamiento abstracto, así como el florecimiento de las artes y las humanidades. Todo lo cual exige transformar de raíz el principio educativo derivado del conductismo. Más que preparar individuos hábiles e informados, el SEM debe formar personas competentes, cultas, poseedoras de valores intelectuales y herramientas analíticas que les permitan enfrentar situaciones cambiantes en la producción y la división del trabajo. Con bases científicas e instrumentos tecnológicos apropiados, el enfoque cultural acaso signifique una Paideia del siglo XXI.

El proyecto democrático y equitativo aspira a que la reforma profunda que ya se inició abarque las orientaciones filosóficas y políticas, que atraviese todos los niveles y regiones: de educación inicial en el poblado más remoto, al postgrado de mayor éxito en la capital del país; que ponga atención a los contenidos y las relaciones sociales de la escuela; que incremente su cobertura y recursos y que profundice en la reorganización del sistema. El Estado tiene la responsabilidad y la capacidad de dirigir la transición e instrumentar sus partes más importantes; mas lo debe hacer en conjunto con la sociedad, no por encima de ella. La presentación del proyecto democrático y equitativo exige pasar del lenguaje de la crítica al de la proposición, el cual, tal vez, incluya una dosis de pensamiento utópico como lo demandó Latapí en 1975.

Los Desafíos

Como se analizó en el capítulo III, en menos de una década, a partir de 1986 con el ingreso de México al GATT, el país cambió su rumbo. Se transitó de una economía cerrada a un tratado comercial con los Estados Unidos y el Canadá. Es posible que a principios del siglo XXI se empiece a formalizar un mercado común en Norteamérica y el bloque comercial recién creado se amplíe a otros países del Caribe. Se puede suponer que en 25 o 30 años ya no habrá economías nacionales (al menos como se conocen hoy en día), sólo un conjunto de relaciones económicas globales que modificarán las ideas de nación y Estado soberano.

El sistema de producción mundial ya está en marcha y tiene dos componentes importantes: i) una parte de las mercancías que circulan en el mundo ya no tienen nacionalidad; por ejemplo, las piezas de los automóviles “estadounidenses” se fabrican en muchos países y hasta parte del ensamble final se realiza fuera de los Estados Unidos; lo mismo se puede decir de artículos electrónicos e industriales en general; en el futuro sólo se podrá hablar de compañías mexicanas o estadounidenses o de cualquier otra parte del mundo al referirse sólo al lugar de su sede principal, y aun eso puede cambiar,¹ y ii) tanto los recursos naturales como el capital físico perderán (ya se observa esa tendencia) importancia relativa para determinar el crecimiento económico y la calidad de los productos y servicios; el factor más importante será el conocimiento, el talento productivo y la capacidad de organizarlos adecuadamente, es decir, los recursos intelectuales serán los determinantes para tomar decisiones sobre dónde invertir.

En sentido político y sociológico no significa que las naciones o los estados desaparecerán, pero sufrirán grandes presiones para que se diluyan en un mercado mundial. El concepto de economía nacional tal vez desaparecerá definitivamente y la nación será lo que sean sus habitantes dentro de un marco geográfico determinado. Pero la mexicanidad, como muchas veces insinuaron algunos maestros, también está

amagada por ciertas tendencias localistas, que aún eran débiles ayer pero que cada día toman más fuerza, a veces por simple rechazo al centralismo agobiante, en otras ocasiones por el abandono e indiferencia del gobierno central.

¹ Para una perspectiva en detalle de esta tesis, véase Robert Reich, *op. cit.*

La nacionalidad, como valor significativo, navega en medio de dos corrientes, la global y la local, lo cual genera sentimientos encontrados. Don Luis González y González, sintetizó con claridad esa ambivalencia:

...ahora van imponiéndose poco a poco dos cosas. por una parte, el sentimiento de universalidad, es decir, el saberse perteneciente a esto que se llama raza [se refiere a la especie] humana. Esto se ha fortalecido más últimamente. Pero también, y es curioso, se ha fortalecido lo opuesto: el saberse perteneciente a una pequeña comunidad, a un grupo de personas que se conocen entre sí, que incluso tienen parentesco entre sí, de tal modo que ahora los factores dominantes en el sentimiento de las personas son el del humanismo y el de lo que alguna vez he llamado el "matriotismo"... Esto no quiere decir, por supuesto, que vayan a desaparecer los sentimientos nacionales a corto plazo, pero yo creo que sí hay una tendencia en ese sentido.²

La identidad nacional sólo sobrevivirá si se conjugan esas tendencias en una corriente armónica y si se logra imbuir en el pensamiento y sentimientos de los ciudadanos las nociones fundamentales de una historia y cultura comunes, así como rasgos distintivos de pertenencia a una sociedad definida y, en cierta Medida, diferente a otras. Dicho de otra manera, la nación perdurará mientras haya mexicanos.

En términos económicos, los activos más importantes de una nación serán sus ciudadanos, su mentalidad, sus conocimientos y valores que marcaran la calidad de su producción. La identidad nacional será fuerte sólo si el sistema educativo logra formar buenos ciudadanos y habrá progreso económico si ellos adquieren los conocimientos y las destrezas, así como los atributos morales que les permita adaptarse a los cambios bruscos en las relaciones económicas. Esos son los retos que ya tiene el sistema educativo mexicano y que serán más intrincados conforme se avanza en la transición de fin de siglo.

NACIONALIDAD Y APERTURA ECONÓMICA

En 1921—e incluso desde antes— Vasconcelos proclamó que la educación sería la base de la mexicanidad y que por medio de ella se consolidarían los valores nacionales cuando todos adquirieran el sentimiento de pertenencia a la República y que se reconociera el valor de haber nacido en este suelo, mas la educación aún no llega a todos los mexicanos y, al menos hasta finales de los años ochenta, a nadie se le hubiera ocurrido decir que la mexicanidad o la identidad nacional corrían peligro. Algunos segmentos corporativos que se oponían a la descentralización de la SEP argüían que gracias al sistema educativo se había consolidado la nacionalidad, que el normalismo, como elemento que da cohesión al sistema, había sido el principal instrumento para transmitir y acrecentar la cultura nacional.³

Esos reclamos y protestas los hacían en tono positivo, sólo sugerían que manteniendo el sistema centralizado, conservando la uniformidad doctrinaria y pedagógica en el sistema, estaría garantizada la unidad de la nación. Tal vez percibían

² Tapia Carreño King y Angélica Vázquez del Mercado, *op. cit.*, p. 39.

³ Una visión reciente de esa postura en Víctor Hugo Bolaños Martínez, "¿Réquiem por el Conalite o por el normalismo?", en *El Financiero*, 5 de julio de 1993.

las amenazas a la unidad desde dentro, de ciertas tradiciones regionales y sentimientos localistas fuertemente arraigados. Mas con el comienzo de las negociaciones del TLC, el derrumbe de la Unión Soviética, el resurgimiento de nacionalismos y fundamentalismos en muchas partes del mundo, ciertos grupos utilizaron la identidad y cultura nacionales como barrera ideológica para oponerse a la apertura económica y, en el SNTE y la burocracia tradicional de la SEP, reforzar sus posiciones contra la descentralización.

No todo fue oposición por la oposición misma. Ciertamente el cambio de rumbo afectó muchos intereses, amenazó santuarios ideológicos sostenidos durante mucho tiempo —como cierto antiimperialismo—, esparció temores sobre algo que se consideraba seguro y sembró confusión en vastos sectores, pero en otros optimismo. Las raíces de esa doble vertiente la define con precisión Aguilar Camín:

Lo cierto es que, a partir de la Segunda guerra y, sobre todo, en la posguerra, la realidad y el discurso nacionalista emprendieron caminos distintos. De un lado, los negocios, la tecnología, el consumo, los medios masivos, la educación de las élites y la migración de los trabajadores se orientaron hacia el Norte enemigo en busca de oportunidades y “norteamericanizaron” a México más que ninguna generación anterior. De otro lado, el discurso político y la conciencia pública, la historia patria y la sensibilidad colectiva, el humor plebeyo y el orgullo intelectual, afirmaron prolijamente las lecciones antigringas del pasado y se mantuvieron recelosos a él.⁴

No obstante se distinguen en muchas cuestiones, las dos vertientes no son completamente antagónicas y, a pesar de que las contradicciones no se podrán resolver de manera definitiva, es posible armonizar la historia con el futuro y los sentimientos localistas con los universales. Acaso esa conciliación sólo se pueda lograr si las tendencias atraviesan y se condensan en la idea de la nación. Y no hay necesidad de inventar mucho. En términos de orientación y filosofía. políticas, el artículo 3o. de la Constitución ofrece una perspectiva que vale la pena explorar:

La educación que imparta el Estado tenderá a desarrollar todas las facultades del ser humano y fomentará en él, a la vez, el amor a la Patria y la conciencia de la solidaridad internacional, en la independencia y en la justicia.⁵

Esta fracción, vigente en la Constitución desde 1946, fue algo mucho más que la apuesta ideológica de la unidad nacional. Torres Bodet tuvo la visión de largo plazo y la perspicacia intelectual para sintetizar en un párrafo los propósitos superiores de la educación nacional. Quienes defienden un proyecto democrático y equitativo para la educación, entienden que fomentar el amor a la patria e inculcar los rasgos de la ciudadanía son dos de las tareas más importante de la educación básica. Para ello la enseñanza de la historia y el civismo son fundamentales.

Una de las lecciones que se pueden derivar de los debates de 1992 sobre los libros de historia, es que los enfoques pragmáticos no se pueden desechar fácilmente. Con el fin de consolidar la idea de nación, de dar forma y contenido a los sentimientos de pertenencia, es conveniente continuar con la historia edificante (no confundir con la

⁴ Héctor Aguilar Camín, “La invención de México”, en *Nexos*, núm. 187, julio de 1993, p.58.

⁵ Cf. *Secretaría de Educación Pública, Artículo 3v. Constitucional y Ley General de Educación, México, see, 1993, segundo párrafo, p. 27.*

historia pragmática, que tiende a desvirtuar el pasado y se usa para legitimar posturas ideológicas del presente). No se trata de mentir o inventar héroes inexistentes, pero sí de resaltar los elementos positivos por sobre las deficiencias que hayan podido tener. Los lazos de identificación surgen de la vida material, pero se refuerzan y engrandecen en el espíritu.

La historia edificante es la norma en casi todos los sistemas educativos del mundo. Ese tipo de historia es para las masas, para quienes pasan por la escuela primaria y, como se vio, una buena parte no llega a cuarto grado. La historia verdadera —la que presenta a los hombres de carne y hueso y con sus debilidades, en el contexto de la creación cultural y el avance económico que dan sentido a la sociedad— es para historiadores profesionales o quienes acceden a la educación superior. A los niños de nueve a 12 años una visión edificante de la historia patria puede ayudarles a formar valores significativos de identificación con México y adscripción a la nacionalidad. Igualmente —y más ahora con la federalización de la educación— dentro de la historia patria, habrá que incluir bastantes elementos de historia, geografía y culturas regionales, que tienen sus rasgos distintivos, pero que también forman parte de la nación.

Asimismo, en la educación básica se deberá acentuar la formación de los ciudadanos. No en el sentido del catecismo cívico o la repetición de nociones de derecho positivo, que tanto criticaba Torres Bodet. Se deben elaborar materiales y textos que, además de la nacionalidad y las cualidades de la ciudadanía, resalten otros valores significativos que se derivan de la historia, la Constitución y ciertas tradiciones mexicanas que bien vale la pena adquirirlos, reproducirlos y ampliarlos:

libertad, convivencia, democracia, paz, prosperidad, justicia y equidad. Estos valores, que también son propósitos por alcanzar, si bien ayudan a fraguar y consolidar la nacionalidad, no son patrimonio de los mexicanos. Son atributos y derechos universales caros a toda la especie humana y producto de su evolución e historia. Este puede ser el puente para fomentar la conciencia de la solidaridad internacional.

Un proyecto democrático y equitativo que se apoya en ese enfoque cultural, sostiene la idea de que la formación integral de la persona incluye además enseñanzas instrumentales y educación moral, los cuales deben atravesar el sistema pero se debe destacar uno u otro aspecto en cada nivel. Esto demanda que en la educación básica se ponga el acento en los valores de la ciudadanía y los lenguajes; que en la educación media se haga la transición de los valores a las cualidades instrumentales y en la superior se haga hincapié en estas últimas. Lo cual guarda congruencia con los retos que afronta el SEM: consolidar la ciudadanía y preparar los productores para la economía abierta.

Con el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y el Canadá, el gobierno mexicano empuja a la sociedad y al país a ingresar de lleno a la economía mundial. Es una apuesta al futuro que hay que tomarse en serio, pero también preguntarse si el Estado y la sociedad están preparados para tener éxito en el nuevo marco de la economía global. En un aspecto, el trabajo de Trejo et al., Educación para una economía competitiva, es particularmente agudo; el SEM no prepara a los estudiantes y futuros trabajadores para la competencia y la innovación. Y ese es el

freno más contundente para tener éxito en el mediano plazo y que la integración comercial sea para beneficio de México y un mayor número de mexicanos.

En contraste con las demandas de una economía cerrada y protegida, de mayor inversión de capital y condiciones de certidumbre para la producción como requisitos para el crecimiento económico, la economía mundial se caracteriza por una nueva dinámica. De acuerdo con académicos destacados, los atributos de esa economía se pueden resumir en cuatro puntos principales; i) las fuentes de la mayor productividad dependen cada vez más del conocimiento científico y la información aplicados a la producción; este no es un fenómeno completamente nuevo ya que desde la primera Revolución industrial, el conocimiento se convirtió en fuerza productiva; lo que es novedoso, es que el conocimiento está desplazando al capital físico como el activo principal en las relaciones de producción mundiales; ii) en los países avanzados, prácticamente todos los miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) —organización a la que el gobierno espera que México ingrese— se transita de la producción de bienes a las actividades basadas en procesos de averiguación e investigación, lo que significa que la calidad de la información y la efectividad para adquirirla serán factores estratégicos para aumentar la productividad y la competencia, tanto entre empresas como entre países; iii) la nueva economía se significa también por la tendencia a disminuir la producción estandarizada de bienes a una producción flexible y variable; así como el cambio de las grandes corporaciones integradas verticalmente a la creación de redes de producción organizadas horizontalmente en unidades económicas más eficientes, y iv) esas transformaciones tornan lugar en medio de una de las más significativas revoluciones tecnológicas en la historia de la humanidad. Su centro son las tecnologías de la información, enmarcadas y apoyadas en descubrimientos científicos en otras áreas, como biotecnología, ciencias de los materiales, tecnología con base en rayos láser y energía renovable.⁶

Las economías nacionales, en consecuencia, se convierten en unidades de la economía mundial, ya no es sólo que el comercio internacional adquiera mayor importancia. Estas condiciones otorgan ventajas a las empresas de esos países donde hay oferta de conocimientos y los medios para adquirirlos. Esto incluye telecomunicaciones y tecnología de la información, así como las personas con las habilidades suficientes para usarlas y aplicarlas en la producción. En contraste a como se pensaba hace apenas una década en los países más ricos, no se necesitarán cientos de miles de ingenieros y técnicos versados en el arte de la computación, las matemáticas y la manipulación de símbolos. Lo que demandan las nuevas relaciones de producción son que millones y millones de personas, prácticamente todos los trabajadores y a cualquier nivel, sean capaces de procesar información, incluyendo la destreza de reunir, organizar y analizar todo tipo de datos y pensar de manera sistemática.

Sin embargo, con los métodos de transmisión del conocimiento, el tipo de relaciones escolares dominantes y la clase de materiales utilizados, parece imposible que el SEM haga frente al reto de formar a esos futuros trabajadores, concedores,

⁶ Martin Carnoy, Fernando Henrique Cardoso et al., *“Reflections in the New World Economy”*, Stanford, Stanford University. 1992, mimeografiado.

diligentes, motivados y que posean además las virtudes de la ciudadanía. La demanda mayor, y lo que debe ser el centro de la reforma de los contenidos y la orientación curricular del SEM, es terminar con la memorización como la piedra angular de todo proceso pedagógico y buscar procedimientos que inciten a los alumnos a averiguar, a ser curiosos, a encontrar sus propias vías de conocimiento. Esto, por supuesto, es una tarea de gran envergadura que no se puede realizar a corto plazo ni sólo en el SEM, sino que demanda de la sociedad toda. No obstante, es tiempo de sentar las bases firmes de esos cambios. El elemento curricular fundamental es centrar el aprendizaje en la solución de problemas y desafiar a los estudiantes de todos los niveles, de educación inicial al posgrado más avanzado, a usar su inteligencia y sus recursos, a apoyarse en su experiencia y en los medios asequibles.

Si no se forman esos millones de nuevos mexicanos, entonces la República —tanto en la asociación con los Estados Unidos y el Canadá, como en la economía global— sólo será proveedora de una masa de trabajadores de escasa calificación y una élite de administradores y tecnócratas al servicio de intereses transnacionales. Lo cual sería fatal para la nación y los mexicanos. En el largo plazo, no hay nada más gravoso para un país que vender mano de obra barata.

LA OFERTA PEDAGÓGICA

La calidad y relevancia de la educación básica es una inquietud global que marca el tránsito de la preocupación por el simple incremento de la matrícula y expansión de los sistemas hacia la evaluación de los resultados de la educación. Hay, por otra parte, un movimiento internacional que porfía que mientras no se satisfagan los propósitos de la educación básica, los fines y las metas de la enseñanza media y la superior nunca se alcanzarán. Esta fue la moción central de la Conferencia de Educación para todos en Jomtien, Tailandia en 1990.⁷ En México esas eran tesis aceptadas y propuestas gubernamentales desde la década de los setenta. En el Programa, que se hizo público meses antes de la conferencia de Jomtien, por ejemplo, se esgrimen los mismos argumentos y las metas son similares. Sin embargo, en ninguno de los documentos, a pesar de que se critican los métodos de enseñanza basados en la memorización y la repetición, se esbozan líneas de acción pedagógica que permitan avanzar en la conquista de más educación de calidad y para más ciudadanos.

Contenidos y métodos

Con el método de solución de problemas será posible iniciar ese salto cualitativo en la educación que tanto demanda México y, más aún, comenzar la formación de esos millones de ciudadanos y trabajadores versados en el manejo de símbolos, lenguajes abstractos, máquinas complejas y capaces de diseñar y actuar en relaciones de producción dinámicas y flexibles. Conocimientos abstractos, así como operar ideas e

⁷ Cf., entre otros, Jacques Hallak, *Education for All. High Expectations or False Hopes*, París, *Sise Contributions*, núm. 5, 1991; Françoise Caillods, *La planificación de la educación erg el año 2000*, París, *IIEP Contributions*, núm. 4, 1990, y el "Proyecto interregional sobre la mejora de los servicios de educación básica", en *La investigación del IIEP: Informaciones*, agosto de 1991.

imágenes, serán de más valor que en el presente.⁸ La habilidad de sistematizar información, experimentar con cosas nuevas y actuar en situaciones de cambios acelerados, así como colaborar con otras personas en otras partes del mundo para realizar faenas concretas, serán requisitos importantes para incrementar la productividad del trabajo y la riqueza de las naciones.

Esos cinco elementos, abstracción, sistematización, experimentación, acción y colaboración, que son las antinomias al método memorístico analizado en los capítulos IV y V, acaso sirvan para especular sobre la posibilidad de fabricar una teoría pedagógica necesaria para educar a la gente que el futuro demanda al presente. De manera simultánea pueden servir para consolidar la filosofía del artículo 3o., de desarrollar todas las facultades del ser humano.

En la educación básica, particularmente en la primaria, además de los valores cívicos, se deberán forjar otros que permitan a la escuela contribuir a la creación de una ética de trabajo, a apreciar la belleza y a comprender el bien. En cuanto a los contenidos, las reformas de 1993 ya marcan la pauta. Aunque aparentemente se aceptan las tesis de regresar a lo básico, no es una concepción minimalista, por lo contrario, es una fórmula aceptable, pero insuficiente. Es un avance pero hay que acometer la tarea con mayor profundidad y extensión. Es correcto que en los primeros tres años se ponga más interés en las matemáticas y el español, fundamentales para el aprendizaje posterior de otros lenguajes. Es plausible que además se proponga que en las matemáticas se aborde mediante el método de solución de problemas. Mas no hay explicación sobre el por qué sólo para las matemáticas se propone este método.

Destacar las cuestiones fundamentales prepara mejor a los estudiantes para el futuro ya que los contenidos curriculares abigarrados de datos e informaciones muchas veces son irrelevantes para la vida práctica. Resolver problemas, retar a los alumnos a que usen sus facultades, aceptar que son inteligentes y que pueden imaginar soluciones adecuadas a problemas que pueden crecer en complejidad conforme se progresa en la escolaridad, es un buen comienzo para abstraer nociones, relacionar la realidad con procesos mentales sin necesidad de fórmulas complejas ni repetición absurda de tablas y operaciones.

Por medio de la enseñanza del español, despojándola de sus formalismos y elaboraciones complejas, es posible que los niños comiencen por enlazar el uso de la lengua con sus actividades cotidianas y su forma de expresión con relaciones sociales más complejas que todavía no puedan descifrar, mas sí intuir. Si se pudiera lograr que al final de los primeros tres años de primaria los niños conocieran los colores, las combinaciones numéricas elementales más importantes, los elementos primordiales de la oración y pudieran leer párrafos sencillos sin titubeos, tal vez pudieran ellos mismos elaborar modelos, cuadros básicos y hasta algunas fórmulas que a los adultos les parecen obvias.

⁸ *Estos fundamentos se abstraen de un sinnúmero de trabajos que sería imposible enumerar. Las dos fuentes principales son los trabajos ya citados de John Dewey y Jean Piaget, además de enseñanzas que en cierta forma emplearon Rafael Ramírez y Moisés Sáenz. Cf. Isidro Castillo, op. cit., t. 3, pp. 247-284.*

Si además se les estimulara correctamente y se les proporcionaran mecanismos que les permitiera identificar problemas prácticos y se les indujera a su resolución, en colaboración con sus compañeros, sus conocimientos serían perdurables. Cuando se propone solucionar problemas, siempre se corre el riesgo de regresar a los vicios que se criticaron extensamente en los capítulos precedentes de proporcionar a los alumnos algoritmos o sendas seguras para llegar a respuestas estándares. Eso sería regresar al memorismo pero disfrazado con otra indumentaria. La propuesta del proyecto democrático y equitativo reniega de esa caricatura. La idea es más amplia y, a la vez, más precisa. Se sugiere que se encuentren estímulos para que los niños identifiquen los problemas e imaginen vías de solución. Esto demanda experimentar y buscar problemas reales de la vida cotidiana, de donde se pueden inducir el aprendizaje de elementos más abstractos.

La propuesta incluye la colaboración de los alumnos. Dados los rasgos' de solidaridad y convivencia que persisten en la sociedad y que son valores significativos, en la escuela mexicana (y en la de otras partes del mundo) subsiste una tradición que el individualismo no ha podido desterrar y que en la actualidad, paradójicamente, es una ventaja comparativa: copiar. En la nueva economía mundial y la organización del trabajo que se avecina, las faenas en equipo cobrarán más importancia que en el pasado, tanto en el mundo de los negocios como en la administración pública, en las finanzas como en la investigación científica y el desarrollo tecnológico. El individualismo es un freno a la colaboración entre iguales y colegas que no están acostumbrados a compartir ideas, tareas o beneficios.

Lo que se asienta con esta sugerencia es que en lugar de evitar (o intentar ya que no se logra en el aula o fuera de ella) que los niños copien y colaboren entre sí, por lo contrario, que se permita. Más aún, que se estimule y organice de manera adecuada la formación de grupos y equipos pequeños que reconozcan un problema, discutan entre sí, definan algunas tareas (división del trabajo) y propongan soluciones. Ya en los grados superiores de la primaria tal vez puedan actuar en la identificación, representación y solución de problemas reales. De esta manera, casi natural, los niños redescubrirían los conocimientos, reinventarían soluciones y, eventualmente, llevarían a la práctica algunos de sus experimentos y soluciones. Tal vez eso permita tener estudiantes más independientes y motivados para el trabajo, con mayor iniciativa y, en consecuencia, mejor preparados para los desafíos del porvenir.

Por supuesto que poner en práctica un proyecto de esta envergadura, demanda algo mucho más profundo que la reforma de los planes de estudio, la mejoría de los libros de texto y la reestructuración del SEM. Esos pasos son cruciales pero insuficientes para la educación del futuro. Lo preponderante es la formación y actualización permanente de los maestros. Los deberes de los maestros en ese proceso serán más complejos; demanda más recursos, tiempo, dedicación e inteligencia para motivar a los niños, organizar el trabajo en equipos, velar que no se cargue el trabajo en unos cuantos, reconocer a los alumnos con problemas de aprendizaje u otras dificultades. Lo cual sugiere una metamorfosis de la profesión. De ser la representación de una jerarquía abstracta en el salón de clases, la figura autoritaria y paternalista del maestro se convierte en un generador de ideas y

problemas para que los alumnos los resuelvan, en un guía para la recreación de los conocimientos.

Las antinomias del magisterio

Otro rasgo que se puede identificar en la transición del sistema educativo es que, al menos desde la década de los ochenta, la SEP intenta recuperar la dirección de la educación, en lugar de intentar controlar a los maestros. Por supuesto, se pueden hallar diferencias en los métodos de los secretarios, pero hay coincidencias y continuidad en los programas para la educación de los presidentes De la Madrid y Salinas de Gortari. En ambos se justiprecia la tarea de los maestros y se proponen estrategias para su preparación, actualización y, lo que es una demanda del gremio, la revaloración social de la profesión. Mas hay graves impedimentos para lograr cabalmente cualquiera de esos tres propósitos.

El magisterio se encuentra en una situación contradictoria: la sociedad le encomienda a sus hijos, pero no le reconoce plenamente su trabajo; le exige responsabilidad y diligencia, sin embargo, no se le paga bien; se le brindan piezas grandilocuentes el 15 de mayo, mas no se admite plenamente que son profesionales. Por su parte, el magisterio se considera el mentor eficiente de la niñez, aunque padece de una ideología corporativista cerrada que en principio rechaza ideas, teorías y prácticas que no provengan de integrantes del gremio; exige reconocimiento pleno a su labor patriótica, mas no muestra una ética de trabajo que se reproduzca en las aulas; demanda un salario profesional al gobierno y a la sociedad, no obstante, hace poco para convencer a la sociedad de su profesionalismo.

En las condiciones futuras del país, habrá que recompensar mejor a los maestros, pero se les deberá exigir mucho más. La formación del magisterio tendrá que ser de mayor calidad, pero también de diferente naturaleza: constituir un desafío intelectual y motivarlo para un trabajo mucho más creativo que el que realiza en la actualidad. Los cursos de actualización deberán diseñarse para retar la inteligencia de los maestros, hacer esfuerzos para que los contenidos sean relevantes a las nuevas condiciones de México y el mundo y utilizar las tecnologías más avanzadas de comunicación e información con el fin de lograr productos amenos, ágiles y eficaces. Se puede convocar a los mejores maestros del país a formar un núcleo de creación intelectual, diseño de nuevos materiales para los docentes, acabar con las parcelas burocráticas que existen y que ya rindieron lo que podían ofrecer. Luego, utilizar la televisión y otros medios para difundir sus propuestas y atraer a más maestros a la causa de la innovación. Esto tal vez sea más barato y mucho más efectivo que lo que se hace en la actualidad.

El reconocimiento social al quehacer de los maestros sólo sucederá, si a cambio de su disposición gremialista asumen actitudes de apertura y comprensión a muchos otros profesionales que se ocupan de la educación y demuestran con hechos que su ética de trabajo se reproduce en el salón de clases (los valores y actitudes se enseñan mejor con el ejemplo que con la prédica): siendo puntuales, cumplidos, honestos y diligentes. Atributos que necesitan todos los mexicanos, no nada más los maestros. Estas cualidades y su ejercicio cotidiano son indispensables para formar esa ética de

trabajo que tanto reclama el país. Sus rasgos esenciales no se pueden reproducir, aunque se programaran en el curriculum formal. Lo que se propone es descubrir y reformar en sentido positivo el curriculum oculto, disminuir paulatinamente los rasgos autoritarios del salón de clases y sembrar los gérmenes de una organización democrática del trabajo docente. Cambiar las relaciones sociales de la escuela, por supuesto, es una tarea que puede tomar muchos años, fracasos y decepciones, mas hay que intentarlo, experimentar e insistir una y otra vez.

Esto demanda mayores retribuciones materiales y morales a los maestros. Pero también de ellos más tiempo en el aula y que esas horas sean efectivas. En la época de la economía global, México va a competir con países que invierten más recursos económicos e intelectuales en la educación básica. Tal vez, con soporte en los esquemas de la carrera magisterial se puedan avanzar elementos para cumplir tres propósitos concurrentes: apoyar la profesionalización del magisterio, elevar la calidad de la educación e innovar para el futuro. La profesión tiene que revitalizarse; no es posible avanzar sobre atributos que en lugar de que impulsen el progreso, sean sus rémoras. El primer punto será alcanzar más y nuevas calificaciones para los maestros en ejercicio, conocimientos novedosos y técnicas que permitan abordar el método de solución de problemas, es decir, adoptar el mismo sistema para su aprendizaje y de ahí en adelante insistir en la innovación.

El segundo punto lo constituye el mejoramiento de los salarios. En el gobierno del presidente Salinas de Gortari, si bien los ingresos no recuperaron los niveles de los años setenta, los aumentos al magisterio fueron superiores a los de otros trabajadores. Y, por supuesto que son insuficientes. Los salarios deben mejorar, pero de manera gradual, a cambio de resultados (que ya se exige en el esquema actual de la carrera magisterial y que es una tendencia positiva), de introducción de las innovaciones sugeridas y de más tiempo de clases. Como ya se documentó, en el mejor de los casos los niños mexicanos tienen 800 horas de clases al año, cuando en Japón, por ejemplo, cubren 1600 en el mismo periodo; Inglaterra, 1720; Cuba, 1760, y Guatemala 1320, o los socios comerciales de México, los Estados Unidos y el Canadá, alrededor de 1500.

Se puede diseñar un plan a cuatro años que contemple el aumento gradual de las horas diarias de clase en las escuelas. Por ejemplo, en el año uno del plan, aumentar de cuatro a cinco; la quinta hora sería para actualización docente, para familiarizar a los maestros con los nuevos métodos, para conquistarlos intelectualmente para la causa de la reforma profunda y, principalmente, para brindarle la oportunidad de experimentar, actuar, colaborar con sus compañeros y, en consecuencia, descubrir o redescubrir cosas nuevas. Poner en práctica que el aprendizaje —como reza una máxima pedagógica del Renacimiento— es un horizonte sin límites.

En el año dos, aumentar otra hora pero esta vez de trabajo en el aula con los alumnos, de tal manera que éstos tengan cinco en lugar de cuatro. Se podría ampliar el curriculum a más actividades formativas del carácter cívico-nacional, desarrollar sensibilidad artística en los niños y que realicen ciertas actividades de educación física. Éstas, de pasada, no tienen que ser demasiado formales, pero tampoco dejarla a la simple disposición de los alumnos. Se pueden organizar ejercicios aeróbicos, de resistencia y consistencia donde todos los alumnos y maestros de una escuela

participen; no se trata de organizar competencias formales o entrenarlos para la práctica de un deporte en particular, sino desarrollar hábitos y gusto por el ejercicio. La condición atlética de la población, además de sus virtudes formativas intrínsecas, incrementa la productividad de la fuerza de trabajo, colabora a una mejor salud y prolonga la vida activa de las personas. Igualmente, puede auxiliar a otras instituciones sociales a alejar a los niños y jóvenes de vicios y hábitos perjudiciales a la salud y la convivencia social.

En los años tres y cuatro, particularmente a partir del cuarto grado, cuando los niños ya posean esas habilidades básicas, se podrá comenzar la introducción correcta a la historia, la geografía, la cultura y las tradiciones de México y sus regiones, así como sentar las bases para una mejor comprensión del avance de la ciencia y el desarrollo tecnológico, la ecología y los derechos humanos. Estos temas no se deben considerar parte de un curriculum que tengan que memorizar los estudiantes, eso es banalizarlos. Se deben buscar actividades prácticas, visitas o sesiones con personas ajenas a la escuela, que permitan que los niños identifiquen problemas e intenten solucionarlos.

Por supuesto que a incrementos en las horas de clase, corresponderían aumentos en los salarios. No hay razones de peso en la actualidad para oponerse a la escuela de jornada completa. Es una necesidad del presente y un reclamo del futuro que la transición debe tomarse en serio. Por supuesto hay impedimentos, barreras y los costos serían muy altos. Pero si no se afrontan con decisión en el muy corto plazo, las barreras serán más fuertes en el futuro y, tal vez, ya no se pudiera hacer frente a los costos. Es lo que ocurre con la economía abierta. México paga un precio muy alto para ingresar de lleno al mercado mundial, pero si no se hace ahora ese importe será imposible de cubrir al comenzar el próximo siglo.

Sin ser todas, éstas cuestiones bien diseñadas y llevadas a la práctica por la SEP con cautela, mas al mismo tiempo con decisión; con firmeza en los principios, pero actuando con flexibilidad ante las negociaciones con el gremio; solicitando argumentos y razones de la sociedad, pero también proponiendo innovaciones; imaginar soluciones nuevas a problemas añejos, sin embargo, ser realista en cuanto a su viabilidad, es posible que la transición del SEM se encamine a la oferta de una educación básica de calidad, que cumpla los propósitos de inculcar los valores significativos de la nacionalidad y que prepare a los niños para que adquieran conocimientos más complejos en el transcurso de su vida escolar. Un sistema que además tenga una cobertura universal, posea más recursos y profundice en la reorganización del aparato que marca el Acuerdo. La sugerencia sobre la evaluación de resultados se pospone para la sección final del libro, cuando se discuta la participación de la sociedad.

Las dificultades de la enseñanza media

Si se espera a que los cambios en la enseñanza básica empiecen a dar sus frutos, es muy probable que para entonces el rezago sea peor y el futuro más difícil de alcanzar. El proyecto democrático y equitativo plantea la estrategia de atacar la reforma en los tres niveles y todas las modalidades simultáneamente.

La educación media es tal vez la más infortunada. Su misión es nebulosa: debe continuar con la preparación de los futuros ciudadanos y, además, orientarlos hacia actividades productivas. Y no hace bien una cosa ni la otra. Recibe a niños que en su seno se convierten en adolescentes y, al final del ciclo, se inician en la juventud. Es el periodo de la vida más difícil, es la edad de transformaciones biológicas y psicológicas perdurables y, sin embargo, es cuando existen menos recursos para apoyar a los futuros jóvenes. Al mismo tiempo que los niños enfrentan los cambios de la pubertad, transitan de la primaria a la secundaria y, de repente, en lugar de un maestro o maestra tienen siete u ocho; en vez de horarios corridos con recreos, se enfrentan a tiempos discontinuos y a veces en diferentes aulas; se espera que realicen actividades más complejas, pero no se les proporciona la guía adecuada; requieren de apoyo psicológico y se les tacha de mala conducta.

La educación secundaria y de preparatoria del futuro deberá ser mucho más dinámica que la actual, aburrida y monótona. Los estudiantes por lo general no enfrentan retos a su inteligencia, se les proporcionan fórmulas, en lugar de incitarlos que busquen problemas y métodos para resolverlos. Se estimula la repetición mecánica, en lugar de la abstracción. La dispersión curricular dificulta la sistematización de los conocimientos que se transmiten y se espera que el contacto entre una materia y otra la hagan los estudiantes de manera natural, sin auxilio. Se supone que deben enseñar lenguas extranjeras y no lo hacen y, de seguro, el dominio de lenguas extranjeras será un requisito indispensable para tener éxito en el futuro. Si bien es cierto que existe cierto grado de experimentación en talleres y laboratorios, no hay mecanismos que conduzcan a la acción de los estudiantes y no hay indicios de que se provoque la colaboración entre ellos, aunque de manera informal sí lo hagan. La educación del futuro deberá negar esos rasgos y enfatizar los atributos opuestos: diligencia, motivación interna para el trabajo, curiosidad y responsabilidad personal y colectiva.

Para reproducir esos atributos, se requiere cambiar la organización fundamental de la enseñanza media. En primer lugar, terminar con la anarquía y la dispersión curricular de los bachilleratos. Convocar a un debate nacional para ponerse de acuerdo en los fines y los medios que debe cubrir este nivel. Una buena dosis de opciones es sana, pero debe haber un curriculum nacional básico que, sin tender a la homologación, insista en las cuestiones de métodos y lenguajes, así como en sistematizar ciertos procesos del pensamiento, es decir, elaborar nuevos programas y textos (buscando que no sean aburridos y formalistas) de lógica. En segundo lugar, poner más interés en cuestiones que permitan a los alumnos experimentar y poner en acción sus habilidades innatas e incitarlos a que busquen problemas de la vida real, los representen usando diversos modelos y propongan soluciones. De nuevo, con estímulos al trabajo en equipo que induzcan a la cooperación entre los jóvenes. En tercer lugar, elaborar programas que permitan que los adolescentes y los jóvenes realicen acciones que sean respuestas prácticas a los problemas. Hay miles de cosas que se pueden hacer: trabajos sobre la basura, la higiene familiar, los derechos humanos, las costumbres regionales, etcétera. Estas serían mejores iniciaciones a las actividades profesionales que eventualmente tendrán que enfrentar.

El currículum vigente en la secundaria a partir de 1993, es también el piso del cual se debe partir para profundizar en la reforma. Hay adelantos considerables, pero también son pocas horas. Habrá que incrementar el tiempo efectivo de clases, el número de profesores de carrera y los programas de formación y actualización de los maestros para las nuevas tareas. Se necesitarán docentes de nuevo tipo que ofrezcan asignaturas nuevas que auxilien a los estudiantes a integrar y sistematizar conocimientos disímolos que se imparten en materias sin conexiones aparentes. Además, se deben establecer excelentes servicios de orientación vocacional y apoyo psicológico para el tránsito de la pubertad a la adolescencia y de la adolescencia a la juventud. Ciertamente, eso es tarea primordial de la familia, pero la escuela puede contribuir con bases científicas a mejorar ese tránsito. Además, por las condiciones de la vida moderna, por posición de clase social y por bajos niveles de capital cultural, en muchas familias no están en posibilidades de orientar a los hijos adecuadamente en esa mutación.

La enseñanza de la lengua extranjera, principalmente el inglés (ésta es ya la lingua franca de los negocios, la diplomacia y la ciencia), debe ser en serio. Es posible programar que la misma clase se imparta en las mañanas en el salón de clases y por la tarde un refuerzo sistemático por televisión o radio en los lugares más apartados. Ya existen programas y paquetes de actualización para los maestros. Se puede programar del primero de secundaria al tercero de bachillerato. Un programa de esta naturaleza, de gran calidad y para todas las escuelas, tendría un efecto positivo en la calidad de la educación pública y el dominio de lenguas extranjeras no será ya nada más patrimonio de sólo una minoría.

Si la reproducción de los valores cívicos fundamentales corresponde a la educación primaria, el desarrollo de conocimientos más abstractos y rasgos personales de mayor independencia se deben engendrar en la educación superior. La educación superior del futuro tendrá que ser de diferente índole: flexible y dinámica; de orientación más abierta que en la actualidad; analizar el mundo y las relaciones globales; poner el acento en el diseño de nuevos procesos y la generación de conocimientos. En síntesis, deberá de formar nuevos profesionales, quienes serán parte de las élites dirigentes del mañana.

Mirar al futuro: El panorama de la educación superior

Es casi seguro que las profesiones del porvenir serán radicalmente distintas a las del presente. Las universidades e institutos superiores, si desean sobrevivir, deberán considerar en serio una transformación de su quehacer, enfocar sus actividades principales a formar profesionales de nuevo tipo, capaces de identificar y resolver problemas más complejos que los del presente, que demandarán colaboración con sus iguales en otras partes del mundo. Será un profesional caracterizado por sus conocimientos amplios y su dominio de métodos y símbolos, más que por el acopio de información; que posea habilidades y destrezas para construir y transformar conocimientos, apto para diseñar procesos productivos y para participar activa y críticamente en el cambio social y el mercado mundial.

Esto demanda un trabajo enorme para cambiar las prácticas pedagógicas actuales. Se requiere de estímulos a una mayor abstracción, sobre todo para la construcción de conceptos y procedimientos nuevos; de inducir procesos de aprendizaje que permita que los estudiantes identifiquen problemas de manera sistemática, generen sus propios modelos para resolver esos problemas y actúen en consecuencia. Esto demanda armonizar la docencia y la investigación, fomentar la curiosidad y el espíritu de búsqueda. Los profesionales del futuro deberán ser cultos, es decir, entender y dialogar sobre el arte y la ciencia, las relaciones políticas y la vida cotidiana. También poseer valores morales e intelectuales superiores que les permitan vivir y promover que otras personas vivan en armonía con el medio ambiente, en otras palabras, convertirse en seres productivos a lo máximo de su capacidad. Los futuros profesionales deberán saber generar sus conocimientos o buscarlos en el lugar del mundo donde éstos se encuentren. Las recetas simples o conocimientos digeridos, atentan contra el futuro.

Una encuesta entre estudiantes de universidades mexicanas realizada en 1988, mostró que quienes ingresan a ellas y persiguen alcanzar un grado profesional lo hacen por diversos motivos. En primer lugar, para acceder a un empleo mejor; en segundo lugar, para obtener posición social relevante; en tercer lugar, para mejorar las condiciones de vida de sus descendientes; en cuarto lugar, para contribuir al desarrollo del país o de la sociedad y, hasta el quinto lugar y no todos respondieron, lo hacen para aprender cosas nuevas o adquirir cultura. No hay razones que sugieran que los estudiantes de las otras instituciones de educación superior piensen distinto.

Aunque es razonable y legítimo que cada estudiante tenga sus propias causas, las instituciones de educación superior pueden y deben plantearle además otros fines y ofrecerle un servicio de calidad que le permita cumplirlos como profesional. Lo primero, enseñarle algo más que las herramientas básicas de la profesión a la que aspira. Es una obligación institucional proporcionarle además un conjunto de avíos intelectuales y morales que le permita no sólo ser un profesional más, sino uno que pueda competir mejor en un mercado laboral más exigente, obtener una posición social relevante, no sólo por sus ingresos, sino por su cultura y conocimientos, contribuir al desarrollo de la sociedad y garantizar niveles adecuados de bienestar a su prole.

Para lograr lo anterior, debe retornar a la idea de que la docencia es la más importante de las funciones de la educación superior. Con los nuevos mecanismos de estímulos y becas, al parecer, el ausentismo de profesores disminuyó notablemente y, en consecuencia, también los estudiantes asisten más a las clases. La evaluación de la enseñanza ya comenzó en la educación superior y, a pesar de los conflictos que generó, tal práctica debe continuar, evolucionar y mejorar constantemente con el paso del tiempo. En primer lugar, como un ejercicio de autocrítica. el interesado principal en conocer su desempeño o en saber cómo lo consideran sus alumnos debe ser el profesor; la evaluación le permite conocer sus aciertos y sus fallas y, tal vez, encontrar métodos para corregirlas. En un segundo plano esas evaluaciones deben servir para diferenciar las recompensas a los docentes.

El siguiente paso es buscar los mecanismos para que las instituciones evalúen el aprendizaje. Saber qué se enseña es importante, pero tal vez sea más trascendente conocer lo que los estudiantes aprenden. Y para que su aprendizaje sea de la mejor

calidad posible, las instituciones deben mejorar los servicios que prestan a los estudiantes: administración escolar, bibliotecas, talleres, laboratorios, aulas, cafeterías, apoyos de orientación vocacional, etcétera. No se puede ser complacientes con el futuro, habrá que exigir más a los estudiantes, aunque ello demande más trabajo a los profesores. Su desempeño profesional será en el horizonte del siglo XXI. Por eso, se debe establecer la práctica de modificar planes y programas de estudio, conforme las necesidades lo demanden, ser más flexibles para incorporar en el curriculum nuevos conocimientos en cuanto estén disponibles y no esperar a que formen parte del sentido común.

Un requerimiento del mañana, no necesariamente una demanda de los estudiantes, descansa en la imagen cada vez más evidente de que los profesionales del futuro deberán saber manipular símbolos y conceptos, no sólo herramientas; así, deberán ser capaces de dialogar con otros profesionales en cualquier parte del mundo y en otro idioma. Las matemáticas y los lenguajes de cómputo son ya instrumentos indispensables para cualquier práctica profesional y será mayor su importancia en el futuro. En consecuencia, en las universidades, tecnológicos y normales se debe enseñar con seriedad y a todos los estudiantes al menos una lengua extranjera. Asimismo, sería conveniente que, de manera independiente de sus carreras, todos los egresados de la educación superior tengan un conocimiento, si no profundo, sí avanzado de matemáticas y estadística. De igual modo, habrá que garantizar que todos sus estudiantes, antes de la mitad de sus estudios, aprendan a manipular una computadora y tengan el dominio de por lo menos un sistema operativo, un procesador de palabras, una hoja de cálculo, una base de datos y acceso al correo electrónico, todo como el piso básico para iniciarse en los dominios de la informática. De ahí en adelante, muchas otras cosas se pueden aprender por iniciativa propia y tal vez, a corto plazo, las universidades puedan ofrecer cursos avanzados de cómputo para fines específicos.

Hay pruebas de que la apertura económica trae consigo otras demandas. Se observa un auge de la educación internacional, es decir estancias de los estudiantes en otros países para aprender de la experiencia de otra cultura y, tal vez, disfrutar el placer de conversar en otra lengua. Tal vez sea posible proveer que cada vez un mayor número de estudiantes tenga al menos tres meses de experiencia educativa en el extranjero. Se deben buscar convenios con otros países con el fin de establecer reconocimiento mutuo de créditos e iniciar o incrementar el intercambio de estudiantes. No es posible concebir a los futuros profesionales, que vivirán en una economía global, sin alguna experiencia internacional previa. Esto facilitará que los egresados de educación superior adquieran más cultura, se comuniquen mejor con sus pares en otras partes del mundo y eleven sus rasgos de independencia y responsabilidad.

La vinculación entre la educación y el trabajo es una aspiración antigua y, aunque las universidades y los tecnológicos tienden a ignorarla, es importante para el proyecto democrático y equitativo. Parece ser que la economía mundial —y la mexicana dentro de ella— está construyendo nuevas relaciones sociales de producción con base en los cuatro elementos discutidos arriba. Quizá buena parte del aprendizaje de las profesiones futuras se hará “en servicio”, mientras se labora. En la actualidad es necesario promover que cada vez mayor número de estudiantes hagan estancias en los

centros de trabajo y aprendan de la vivencia, de la experiencia de una empresa o institución social en marcha. Esto como parte de los planes de estudio, con valor en créditos y no posponerlo hasta el momento del servicio social. Los acercamientos entre la universidad y las empresas no se deben circunscribir a la prestación de servicios de la primera a las segundas a cambio de financiamiento. Es imprescindible establecer un diálogo creativo de las universidades y las otras instituciones de educación superior con su entorno.

Para afrontar los desafíos del porvenir con más y mejores elementos, es conveniente ampliar rápidamente la base de académicos de tiempo completo, que cada vez tengan mayores calificaciones profesionales, estudios de posgrado y voluntad de seguir una carrera difícil. La profesión académica, en contraposición a la práctica de contratar profesores de tiempo parcial, en cierta forma es ajena todavía a la tradición universitaria mexicana y, al igual que en el resto de la América Latina, su implantación ha sido fuente de conflictos políticos y luchas ideológicas.⁹ La profesión académica, además, adquiere rasgos distintos en cada disciplina. Hay áreas, en particular en las ciencias básicas y las humanidades, cuyas características se pueden reproducir con más facilidad en las instituciones de educación superior, ya que son su mercado laboral casi natural; en tanto que hay profesiones que tienden más a la práctica en un mercado más amplio. Por ejemplo, la abogacía, las ingenierías, la arquitectura, la medicina y otras más. En las primeras, el concepto de la profesión académica puede penetrar más rápido, en tanto que en las segundas no será tan sencillo.

El concepto ideal de profesor apreciado por el proyecto democrático y equitativo se puede resumir en cuatro puntos: i) un docente de primer nivel; enseñar bien sus materias, estar al día en su campo, reproducirse intelectualmente en cada clase, crear y mantener un diálogo fructífero con sus alumnos, fomentar en ellos el espíritu de búsqueda y un sentido de responsabilidad, disciplina, dedicación y trabajo; estos últimos atributos más con el ejemplo que con la prédica; ii) ser un investigador competente, creador y recreador de conocimientos, tener impulso para buscar la verdad científica, capacidad para formular juicios con base en la evidencia de sus pesquisas, reconocer la calidad del trabajo de sus colegas y aceptar con humildad los elementos que refuten sus teorías; en fin, una persona abierta a todas las corrientes del pensamiento; iii) difundir de la manera más amplia posible los productos de su trabajo, y iv) promover y practicar la libertad de cátedra e investigación y ser defensor tenaz de estos principios.¹⁰

Mas esperar que todo el personal académico adquiriera este perfil es por el momento utópico. Simple y sencillamente no hay en México suficientes personas que cumplan todos esos requisitos. Sin embargo, es tarea de las mismas universidades formar ese personal y brindarle las oportunidades materiales para que se pueda realizar. Asimismo, las autoridades, tanto del gobierno como de las instituciones de educación superior, deben hacer todos los esfuerzos posibles para buscar mayores

⁹ José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago de Chile, "C50, 1983.

¹⁰ Estos puntos se inspiran en B. R. Clark, *The Academic Life: Small Worlds, Different Worlds*, Princeton, The Carnegie Foundation for the Advancement of Teaching, 1987.

recursos económicos con el fin de acrecentar las condiciones de bienestar de todos los profesores y trabajadores.

Como rasgo distintivo de la profesión académica, pero también como un heraldo que anuncia los cambios por venir, la evaluación de la educación superior y los mecanismos meritocráticos de calificación de la fuerza de trabajo intelectual ya están aquí. La tarea inmediata y de plazo medio es afinar los procedimientos, tornar la iniciativa en las instituciones (que ya no provenga del gobierno), hacer tradiciones, crear espacios para que los juicios de los iguales sean cada vez más con base en pruebas objetivas y no por amiguismo, compadrazgo o fidelidad a un grupo.

Por último, habrá que buscar vías para descentralizar las grandes instituciones de masas y abrir una discusión sobre lo correcto o incorrecto de mantener a las preparatorias dentro de las universidades. Lo que si debe desaparecer es la institución del pase automático, por injusto y porque es una barrera poderosa a cualquier intento de reforma para elevar la calidad de la educación superior.

LA COBERTURA, LOS RECURSOS Y LA ORGANIZACIÓN DEL SISTEMA EN EL PROYECTO DEMOCRÁTICO Y EQUITATIVO

Ampliar la cobertura, aumentar los recursos materiales e intelectuales y continuar con la reorganización del sistema, son las tareas urgentes. El proyecto democrático y equitativo plantea que éstas deben acometerse para cumplir dos propósitos centrales y establecer una nueva relación entre el Estado y la sociedad.

Los propósitos son: i) elevar la calidad de la educación, cuyas propuestas ya se han puesto sobre la mesa de discusión, y ii) aumentar la igualdad de oportunidades de acceso, de permanencia y aprendizaje a todos los segmentos sociales, en particular a los que tradicionalmente han sido desfavorecidos.

La Ley General de Educación invita a la participación social y, no obstante la convocatoria es amplia y se asignan actividades concretas a los consejos de participación social, no tiene el atractivo político suficiente como para motivar a grupos sociales heterogéneos a realizar actividades duraderas. La nueva relación entre el Estado y la sociedad se puede establecer aceptando esa invitación pero abriendo más la puerta y asignar funciones sustantivas a los organismos de la sociedad civil. De esta manera, el Estado será el rector y dirigente de la educación nacional, pero la participación social le auxiliará a legitimar su quehacer y, a la vez, a incrementar el control sobre la calidad de la educación y la evaluación de sus resultados.

Aunque no es posible que por medio de la educación se eliminen las desigualdades sociales o tan siquiera pensar que sus efectos tengan un peso considerable para conseguir esas metas, se puede establecer un sistema más equitativo que brinde un servicio de calidad homogénea a todos los segmentos y que apoye a los desfavorecidos socialmente a acrecentar las condiciones de su existencia. Con el fin de lograr que se cumpla, en 12 o 15 años, la meta de que todos los mexicanos obtengan al menos los nueve años de enseñanza básica, es necesario, en primer lugar, construir más escuelas en el medio rural y en los barrios pobres. También es conveniente invertir para equipar con sistemas de cómputo hasta la más modesta de

las escuelas y a proporcionarles los materiales indispensables para que los niños y jóvenes aprendan a manipular los instrumentos que van a ser de uso común cuando ingresen al mercado laboral. Todo eso mientras se avanza en el mejoramiento y mantenimiento de la planta física y se incrementan las acciones del programa de escuela digna o se ponen en marcha programas similares en cada región.

En segundo lugar, diseñar y poner en marcha más programas del tipo del PARE en Chiapas, Oaxaca, Guerrero e Hidalgo, que cubra a otras entidades o a microrregiones de otros estados. Tal vez estos elementos soporten la idea de ampliar las oportunidades de acceso. Mas para disminuir las deserciones y los rezagos a mínimos soportables socialmente, es conveniente ampliar la cobertura del Programa Niños en Solidaridad, al menos a todos quienes se encuentren en los límites de la pobreza extrema. También, mejorar y ampliar programas remedia les y compensatorios para los segmentos pobres, fortalecer de manera intelectual al INEA y ofrecer cursos y materiales extraordinarios a los jóvenes que pasaron el umbral de la primaria pero que por su escaso capital cultural, es probable que deserten de la enseñanza media y de la superior. Quizá de esta manera se incrementen, aunque todavía en el margen, las oportunidades de permanecer en el sistema.

Para que las oportunidades de aprendizaje a los segmentos pobres se incrementen, se requiere de acciones más profundas: más y mejor educación inicial y preescolar, programas compensatorios, nuevos materiales, orientación psicopedagógica, apoyos materiales más allá de la escuela en cuestiones de salubridad, higiene, vida familiar, etcétera, a los segmentos sociales de bajos o nulos ingresos. Lo que el SEM puede intentar hacer es destinar a sus mejores recursos intelectuales ahí donde sean más necesitados. Por supuesto que la mayoría de los maestros experimentados no deseará regresar a donde tal vez empezaron. Es una barrera que no se puede romper fácilmente. No hay muchos estímulos que ofrecerles, mas la carrera magisterial, sin muchos ajustes, puede ser un instrumento que ayude a mitigar algunas de estas desigualdades. Habrá que ampliar los beneficios directos y las prestaciones a los buenos maestros en zonas rurales y pobres y, por supuesto, ofrecerles posibilidades de mejoría profesional en esas áreas. Cosa que no se puede lograr sólo con la política educativa, las tecnologías de telecomunicaciones más avanzadas ofrecen un potencial enorme que habrá que explorar a corto plazo.

Poner en práctica estos programas y los propuestos en páginas anteriores, demanda muchos recursos económicos. Al llegar a este punto, el pensamiento utópico topa con pared. Tal vez 8% del PIB para educación, que demandan los herederos del corporativismo, sea insuficiente para cumplir propósitos tan ambiciosos. Por principio de cuentas, el Estado no puede garantizar que el sector privado y las familias inviertan o gasten más en educación. La vía de impuestos especiales ya se probó en los años sesenta, mas resultó inconstitucional; impuestos o derechos al consumo por regiones o a productos específicos, son regresivos; facultar a los estados a que recauden más impuestos grava a los contribuyentes y aleja la inversión productiva. Es difícil imaginar otras fuentes de recursos más allá de las existentes. Sin embargo, el Estado puede estimular un mayor gasto privado, por medio de exenciones fiscales a los desembolsos en educación; tal vez buscar cuotas voluntarias de recuperación por los libros de texto

gratuitos a quienes puedan y quieran. Esto es polémico y puede resultar contraproducente, mas se puede discutir durante la transición.

Lo que también es controvertido, pero muy injusto, es la gratuidad de la educación superior. Como se discutió, Latapí propone una congelación de subsidios a la educación superior pública por 20 años. Esa es una posición radical que tal vez resulte contraproducente. Quizá sea posible experimentar varios esquemas para lograr ese propósito. Uno de ellos que se manifiesta con recurrencia, es el de establecer cuotas diferenciales de acuerdo con los ingresos y situaciones familiares. Otro es el esquema de becas-crédito con intereses blandos y a largo plazo. Otro más quizá sería establecer una cuota y diversos tipos de deducciones según ingresos y calificaciones. También, con el fin de motivar una mayor matriculación en disciplinas científicas y ligadas al desarrollo tecnológico, se pueden establecer cuotas diferenciales por áreas o carreras.

Por último, como lo propuso el rector Sarukhán en 1992, garantizar que nadie se quede fuera de la educación superior por razones económicas. Esto significa que pueden hacer exenciones de colegiatura a los jóvenes talentosos que no las puedan pagar. Más aún, el proyecto democrático y equitativo implica que a quienes provienen de los segmentos pobres y accedan a la educación superior, se les debe becar y apoyar con cursos complementarios, materiales y libros. Estas medidas no son suficientes para aliviar las inequidades sociales, pero sí contribuyen a reparar algunas de las injusticias sociales que el sistema educativo reproduce, aunque no se lo proponga.

El Acuerdo y la descentralización de la educación es el comienzo de una reforma profunda en la organización del SEM. Hay varias asignaturas pendientes que se tendrán que cubrir a corto y mediano plazos. Al parejo de la transición del SEM, se tendrá que vivir la metamorfosis del Sindicato. En los estados habrá que evitar que las diferentes secciones sindicales se conviertan en rivales. Ya desapareció formalmente la dicotomía entre maestros federales y estatales, mas la realidad política sindical la hace vivir plenamente. Tal vez lo mejor que le puede pasar al SNTE, es convertirse en una federación de 32 sindicatos que tengan un amplio margen de autonomía en su vida interna, que sean capaces de luchar por el bienestar de sus agremiados y velar que sus derechos laborales tengan vigencia. No es posible que el CEN mantenga el control corporativo de fuerzas tan disímolas y de corrientes que cada vez se identifican más con proyectos regionales. Lo puede hacer apoyado en los resortes del autoritarismo, pero el costo sería muy alto. El paso a una federación acaso evite un derrumbe estrepitoso de lo que aún es el sindicato más grande de la América Latina y se empareje con la transición democrática.

La otra asignatura pendiente es cómo convencer a la sociedad —que quizá esté desencantada o le falte motivación— para que participe en las tareas de la educación junto con el gobierno. En efecto, en un largo proceso histórico, el régimen de la Revolución Mexicana secuestró la iniciativa e imaginación de la población. El paternalismo institucional, cuando no las encuadró dentro de sus esquemas corporativos, maniató a las organizaciones civiles y el Estado creció y se fortaleció a costa de debilitarlas. Sin considerar que la descentralización sea la panacea o la

solución a todos los males de la educación y el autoritarismo, es una oportunidad histórica para robustecer a la sociedad.

Como se analizó en el capítulo VIII, después del Acuerdo y la transferencia a los estados de los activos, responsabilidades, relaciones laborales y recursos financieros, el gobierno central mantiene la normatividad, la evaluación del sistema y la asignación de los recursos. Son los tres elementos más importantes para mantener el control y la unidad del sistema. Y son legítimos, pero si los consejos de participación social, que la Ley General de Educación establece en el capítulo VII (Sección 2, artículos 68 al 73, inclusive), son los que evalúan los avances de la educación, en lugar de que sea el gobierno federal, puede ser un avance profundo. Esa es una actividad sustantiva, una colaboración real. El funcionamiento del SEM estaría, pues, en varias instancias: el gobierno central establece la normatividad, ofrece guía y dirección, es decir, coherencia al sistema; los gobiernos estatales y el del Distrito Pede ejecutan; los consejos de participación social evalúan y, con base en esas evaluaciones, el gobierno federal asigna los recursos ordinarios y compensatorios a los estados.

Que la evaluación sea pública y que la realicen los consejos de participación social, puede ser un mecanismo para perfeccionar la carrera magisterial y convertirla en un verdadero recurso intelectual. Quita de las manos del gremio la parte más importante de la evaluación del aprendizaje, ofrece garantías de imparcialidad. Los exámenes pueden ser generales y el mismo día para una región o estado, lo cual además de servir para medir la calidad de cada escuela, tiene efectos igualitarios al establecer reglas claras, iguales y conocidas para todos.¹¹ Además, una evaluación de esta naturaleza, puede generar competencia entre los planteles y ofrecer a los padres de familia información sobre las escuelas, públicas y privadas. De esta manera, no habrá necesidad de privatizar los recursos públicos, como desean los neoliberales, para no caer en la mordacidad de transformar un derecho en mercancía.

Por supuesto que esta medida no se puede instrumentar de repente, sin los órganos civiles creados y sin las personas previamente capacitadas. La propuesta que hacen Gilberto Guevara y coautores, en *Luz catástrofe silenciosa* (p. 26), de integrar una comisión no gubernamental de especialistas y personas interesadas para hacer un diagnóstico, se puede retomar casi en sus mismos términos. Pero ir más allá, que fuera el embrión de ese Consejo de Participación Social, que se encargara de elaborar instrumentos de medición, entrenar personal, formar consejos estatales y municipales, establecer mecanismos de coordinación entre ellos y dotar a los consejos escolares de las herramientas necesarias para ejecutar la tarea.

La Ley no establece por cuántos miembros estarán compuestos los consejos, ni cuándo empezarán a funcionar. Con el fin de evitar malas interpretaciones y que los consejos se pudieran prestar a componendas habrá que tener cuidado de que en ningún caso los maestros lleguen a ser más de una tercera parte de los integrantes de estos organismos. Hay que empezar con cautela, pero con firmeza, a difundir estas ideas, a convencer a la comunidad de investigadores,

¹¹ Este punto de igualdad lo demuestra Lynn Hollen Lees, "Educational Inequality and Academic Achievement in England and France", en *Comparative Education Review*, vol. 38, núm. 1, febrero de 1994, pp. 86-87.

asociaciones de padres de familia y en general a la opinión pública, de que ésta puede ser la acción sustantiva que le corresponde a la sociedad en la transición del SEM.

Esto significa un nuevo contrato social, legitima las actividades teóricas y prácticas del Estado y fortalece su hegemonía. Pero, simultáneamente, es un paso gigantesco para ampliar la democracia. El Estado educador daría entrada al Estado rector. Una masa de ciudadanos educados en los valores de la ciudadanía, la paz, la convivencia y la democracia, no sólo serán más productivos sino que su participación política será fundamental para consolidar las reformas políticas y económicas y la transición a la democracia. El corporativismo y el neoliberalismo, no pueden empatar esta apuesta.

La acción y dirección del Estado son insustituibles. En primer lugar, contribuir con más recursos y estímulos fiscales a disminuir la pobreza del SEM. En segundo lugar, por su acción política, auxiliar a moderar el conflicto endémico en las relaciones escolares colocándose no como actor directo del conflicto, sino por encima de los intereses inmediatos de los principales involucrados en las pugnas del SEM. En tercer lugar y más importante, por medio de su acción legal y legítima, conducir la educación, promover por todos los medios a su alcance la reforma en los métodos de enseñanza, apoyándose en la iniciativa y experiencia de los educandos y los docentes. La semilla está ya sembrada, pero hay que rebasar los marcos estrechos donde se ha colocado. Tal vez con estas medidas, en unos cuantos años, hacia el cambio de siglo, la transición del SEM encuentre una dirección apropiada a las demandas y desafíos de una economía abierta y a la inserción de México en la economía global.

Frente a los temores que desata una economía abierta y los retos que ésta significa para el futuro, la defensa de la identidad nacional (y hasta del concepto de soberanía) descansará en una masa de ciudadanos poseedores de una idea de pertenencia a México y convencidos del valor de ser mexicanos. Que sean, además, cultos, diligentes, con amplios conocimientos de la ciencia y la tecnología y productivos al máximo de su potencial. Igualmente, poseedores de valores morales e intelectuales que les permita tener diálogos creativos con su ambiente y sus semejantes en cualquiera otra parte del mundo. La escuela del presente, con su organización, principios y prácticas está incapacitada para formar esos ciudadanos. Con el auxilio de otras instituciones sociales (como la familia y los medios de comunicación), la escuela del futuro tendrá que lograrlo si es que se desea que en el porvenir los egresados de la educación nacional sigan siendo mexicanos, aunque ya no exista propiamente la economía nacional.

La transición del SEM ya está en marcha, pero el futuro sigue en disputa. Por el bien de la nación se debe alentar desde ahora el proyecto democrático y equitativo. Ese es el mejor porvenir posible.